

LA FAUSTIN

I

Extendíase la noche bajo un cielo estrellado, por encima de un mar fosforescente.

En la abertura de un acantilado, batido por la blanda lamentación del Océano, yacían, tendidas en tierra, siluetas de seres, de cuerpos sin formas, de rostros sin rasgos.

Véanse vagamente dos mujeres: la una tendida á la larga, boca arriba, plegados los brazos á modo de corona sobre la cabeza y fijos los ojos en las estrellas; la otra tiernamente acurrucada á los pies de la primera, que tenía apoyados al calor de su cuerpo.

A algunos pasos de las dos mujeres, estaban sentados en el suelo, y muy juntos, tres hombres oscuros, cuyos rostros entreveíanse, un segundo, al brillo de un cigarro.

De cuando en cuando la brisa del mar, alzando los flojos vestidos de las mujeres inmóviles y como dormidas, hacía correr sobre el modelado de los dos cuerpos, un momento dibujado por el poderoso soplo, ligeras oleadas de telas.

Y en el gran espectáculo sombrío del cielo y de la mar, y en el ritmo de las perzozas ondas, y en lo tibio de la hora, y en la languidez de las almas, la conversación entre aquellos hombres y aquellas mujeres estaba muerta.

De repente alzóse entre el silencio y la sombra, á propósito de un nombre de hombre pronunciado hacía más de un cuarto de hora, la voz de la mujer acostada, una voz que era como un recuerdo apasionado que hablara alto en un sueño.

—No... entre nosotros no había habido aún más que un beso... un beso, me acuerdo, dado en mi cuarto, de puntillas, por encima del biombo detrás del cual yo me vestía... El partía aquella noche para su legación... Esos ingleses cuando no valen, no valen nada... pero cuando valen... además tenía algo de su madre, que era francesa... La cosa no ocurrió hasta tres meses después, cuando yo fui á Bruselas en una expedición teatral... El me había hecho tomar un cuarto en un hotel, en el hotel de Flandes... Sí, esto es... Aquella noche ¡ah! aquella noche es inolvidable... El amor,

seguramente, no se forma sólo del amante... ¿No amamos algunas veces á un hombre más que por sí, por sus circunstancias? Era muy extraño aquel hotel... brotaba de las paredes una música de una dulzura, de una dulzura inefable... y sus besos me corrían por la piel como ondas sonoras haciéndome casi cosquillas... ondas sonoras que salían de debajo de la almohada... y había allí lejanos huracanes de armonía que parecían arrebatarme en sus brazos al cielo... y sentía no se qué de divino, mezclado con sus caricias... Es una tontería lo que voy á decir: siempre he conservado de aquella primera noche el recuerdo de amores como nos figuramos que pueden ser los amores de los ángeles... Sí, aquel hotel de Flandes está contiguo á la iglesia de Santiago, y el órgano, lo supe al día siguiente, está empotrado en el muro contra el cual estaba nuestra cama... En fin, no se cómo ha sucedido esto, pero lo que hay de cierto es que él es el único hombre á quien he amado de veras.

—Mi adorada Faustin, ¿por qué no guardas consideraciones á los celos del patrón? —dijo una voz de hombre, en la que, bajo la entonación de broma, se sentía un corazón herido.

—Amigo mío—respondió la mujer, serenamente irónica—el aire del mar te hace perder el sentido de las cosas y de las posi-

ciones... ¡Tú, un bolsista tan práctico...! Sigue siendo el hombre de París que eres, y con tanta inteligencia... ¡Somos una pareja, no somos amantes!

Y la Faustin, volviendo un poco la cabeza, echó una mirada al horizonte, donde el recorte de nubecillas tenebrosas parecía poner en lo bajo del cielo, por encima de la línea pálidamente luminosa del Océano, un interminable friso de Quimeras talladas en ébano; después continuó sus confidencias, estimulada por la hermosa noche amorosa.

—Este episodio tiene continuación... William me llevaba, á poco de esto, á un castillo en Escocia... Ya no sé en qué condado, y jamás he querido *volver á saberlo*. Este recuerdo lo amo en la vaguedad, la indecisión, la especie de somnambulismo en que he vivido ese tiempo... Un castillo ruinoso, en medio de un parque que se cerraba de año en año... y que formaba una habitación en una selva...; y verdores, verdores pálidos, como debe haberlos en los Limbos, sacudidos por fuertes vientos melancólicos de otoño... ¡Oh! Pero había una cosa completamente encantadora en aquel castillo... una bandada de pavos reales blancos, que venían, al crepúsculo, á posarse en las escaleras, los pórticos, las ventanas... No, no podéis tener una idea del efecto, al caer la noche, y en la vieja

piedra, y en el moho de los muros, de aquellos grandes é inmóviles pájaros, completamente blancos... Y á la hora en que salía la luna se habría dicho que en todos los huecos de las ventanas había blancas almas de difuntos, vestidas con el raso de un traje de desposada... Jamás he visto, en las comedias de magia, una decoración parecida... Era muy extraña aquella existencia... Había momentos en que me parecía que no estaba completamente segura de estar bien viva... De todos modos, aquel fué el mes mejor de mi vida... Tiempo sin duración, días en que no había horas...

—Y noches *mochuelo*—dijo la mujer acurrucada á los pies de la Faustin.

Un golpecito con el tacón fué la respuesta de la Faustin, cuyo tobillo besó riendo la mujer al mismo tiempo que decía:

—Vamos, hermanita, déjanos bromear un poco.

—Es verdad; hace ya mucho tiempo, mi buena Julieta, que nos *vendes tu piano*, esta noche—dijo una voz joven y alegre de hombre.

—¡Pues se ha acabado, querido!—respondió la Faustin levantándose en un arranque nervioso del cuerpo—y creo que ha llegado el momento de tomar el té.

—Señora—dijo el hombre que había estado silencioso hasta entonces—¿cuándo es, decididamente, su *debut* con *Fedra* en

el Teatro Francés?... El periódico querría anunciarlo desde luego.

—Creo que dentro de dos meses, á lo más diez semanas.

—Señoras—dijo el hombre inclinándose —¿no me dan Vds. ningún encargo para Carsonac?

—Gracias, ninguno—respondió la hermana de la Faustin;—mi dueño y señor me poseerá pasado mañana.

—Adiós, Blancherón, adiós mi querido Luzy... Sí, me vuelvo al Havre, para tomar el tren de la noche.

La Faustin había cogido el brazo de su hermana, y, seguida de los dos amigos, subía en Sainte-Adresse una callejuela montuosa, dirigiéndose hacia un *chalet* de piedra de muy reciente construcción.

II

Sobre un velador, entre dos saquitos de bombones, el uno con etiqueta de Boissier, el otro con etiqueta de Sirandin, estaban colocados un plato de perdices con cebolletas y una ensalada oliendo á vinagre.

En el tocador, donde almorzaban, prendas de vestir de mujer estaban esparcidas por el diván que daba vuelta á la pieza, y en los rincones, vitrinas de Boule modernas dejaban ver un barullo de porcelanas y de cosas de gran precio, mezcladas con

objetos de á dos sueldos, semejantes á este: un frasco en el que un Deburau de cristal hilado, representado con la venda negra en la cabeza, perdía á cada momento el equilibrio á los indolentes coletazos de un gran pez rojo eternamente en movimiento.

Detrás del péndulo, una maravilla del siglo pasado, figurando la estatuita que anima la adoración amorosa de un Pigmalión, arrodillado á sus pies sobre el mármol blanco, se veía, sujeta en el espejo, la tarjeta de un actor del Palais-Royal: una lendarra de marfil en la que los dientes rotos, las liendres de la cabeza, los piojos aplastados eran una obra maestra de laboriosa imitación sobre la satinada cartulina.

Una puerta entreabierta dejaba adivinar, en la sombra sospechosa, un cuarto de aseo que aún no había sido arreglado, toallas ajadas, medios limones exprimidos; y de este cuarto, los perfumes, con base de almizcle, salían á mezclarse con el olor de cebolletas y de puntas de cigarrillos apagados del comedor.

Tres mujeres sentadas, la una en una silla, la otra en un *pouf*, la última en un escabel, juntas y apretadas á los lados de la hermana de la Faustin, comían perdiz, cogiendo al mismo tiempo, con la punta de los dedos, una hoja de lechuga de la ensaladera ó un bombón del fondo de uno de los dos saquitos. Y la gordinflona de la

compañía, despechugada en su corpiño mal abrochado, para atracarse más cómodamente se había quitado el corsé, colocándolo en el ángulo de un mueble.

Esta mujer era la gruesa *Moumoute*, una antigua loreta de aspiraciones burguesas, que había concluido por casarse con un director de orquesta del bulevar del Crimen, una mujer de cuarenta años que conservaba, en la plétora de la grasa, ojos dulces de niño.

La más joven, una muchacha de diez y siete á diez y ocho años, tenía naricilla de curiosa, el vicio y la inteligencia de París en una carilla astuta, botinas que se *sorbian* el agua, aspecto de andariega del Barrio Latino, voz enronquecida, y una conversación adornada de términos médicos. Vivía por el momento, traduciendo á Darwin para el uso de las revistas y de los periódicos, y respondía al nombre de Lileta.

La tercera, una mujer de veintiséis años, una mujer silenciosa, de impaciencias que estremecían su cuerpo, de suave palidez que enrojecían á cada momento pasajeras animaciones de la sangre, de pupila de un azul oscuro que esparcía por lo blanco de los ojos como un crepúsculo, de peinado flojo que mostraba delicados modelados de las sienes, y orejas cinceladas de contornos transparentes. Estaba vestida con el traje que llevaba todo el día en su casa y en la

ajena, una bata de piqué blanco, cubiertos los hombros con un pequeño chal de crepón de China sangre de toro, atado por detrás; traje en el que radiaba su pálida y vivaz belleza, y sobre el cual había echado por la mañana, en su carruaje descubierto, un abrigo de pieles. Después de haberse ocupado durante algunos años en el *dressage* para las mujeres de la sociedad, Josefina se encontraba hoy entretenida por un gran tratante en caballos de los Campos Elíseos.

Y alrededor del velador iba y venía, apoyando con familiaridad una rodilla en el borde del *pouf*, una criadita en cinta, con el rostro miserable de una figura de la Edad Media después de las grandes hambres. Tenía en las mejillas colorete robado á su ama, y un arañazo le cruzaba de través la fisonomía. Tocada con un escrúpulo de cofia en la coronilla, y arrastrando sus cansados pasos en babuchas argelinas, juraba y hacía sonar la puerta á la orden ó al campanillazo que la lanzaban á cada instante á la antecámara.

—¿Se sostiene la obra?—preguntó la gruesa comedora, entre dos bocados.

—Sí, sí—respondió la dueña de la casa.

—Seguimos en los cinco mil... ayer me lo dijo el nuevo administrador... yo había corrido detrás de él entre bastidores—cantó la voz aflautada de un niño de siete años,

medio oculto por una manteleta de encajes de Chantilly.

Acostado en una punta del diván, baja la cabeza, cruzadas en el aire las piernas, se arreglaba las uñas con una lima minúscula. El cuello alto, un pañuelo pasado entre la camisa y el chaleco, todo en el niño, desde la immaculada suela de sus botas hasta la correcta raya en el centro de la cabeza, denunciaba la formalidad de un viejo gomoso. Hombrecito entrado ya en la vida de este mundo, que tomaba parte en sus conversaciones, escuchaba sus confesiones y era testigo de sus debates de negocios y de todas clases. Miserable niño, llevado como un lindo animalillo á las cenas en gabinetes reservados, del que se olvidaban, y que, medio dormido, era entregado á su madre al amanecer por un mozo de café.

—Mira *Moumoute*—añadió la madre—con el efecto de luz eléctrica sobre la envenenadora en el cuarto acto tenemos seguras las cien representaciones.

—¿Y cuándo va en el Chatelet la *reprise* de la otra?

—La semana que viene... Y con esto me va á deber setecientos francos... sí, me da buenamente quinientos por los estrenos y doscientos por las *reprises*... De todos modos, no es graciosa esta existencia con ese macabeo... En el fondo, queridas, yo ha-

bía nacido para casarme con un Laruette y tener en provincias una mesa redonda de cómicos ambulantes... Mirad, me dan ganas de irme á Turín—dijo, cruzando de pronto el tocador; luego, en medio de su arranque, volviéndose de pronto por un brusco cambio de frente hacia sus amigas, añadió blandiendo el tenedor en cuya punta había un trozo de perdiz:—¿Acaso *hare* el Rey!

E inmediatamente:

—¡Lileta, ruborízate ó vete!

—Prefiero ruborizarme—dijo Lileta con un candor de desvergüenza que verdaderamente prometía.

La hermana de la Faustin sentóse otra vez en su sitio, donde se pasó melancólicamente, cuatro ó cinco veces, la mano por la nuca.

—¿Ah? Esta maldita cosa lúgubre que tiene *Moumoute*, aquí donde yo tengo la mano... sí, la jiba de los cuarenta años; hay días en que me parece que brota diez años antes de tiempo... Pero, Desarrapada, ¿que están llamando!

—Señora... ¡el médico de las aguas de Homburgo!—dijo la criada entreabriendo la puerta del tocador.

—Dile «¡Viva Alemania!»—exclamó la dueña de la casa, golpeando con el revés de una de sus manos en la palma de la otra.

—¡Calle, aquí está Ragache!—dijo la hermana de la Faustin á un señor que apareció detrás de la criada, y que andaba dobladas las piernas y con gestos que imploraban el silencio á los cuatro puntos cardinales.

—Ragache, Ragache, Ragache—se escapó como un eco en tres modulaciones diferentes de la boca de las tres mujeres.

Ragache era un cuarentón gastrálgico, que decía gracias con la cara convulsa, y se extraía penosa y dolorosamente de los tacones de las botas paradójicas, equívocas, frases sin pies ni cabeza, imitaciones de actores, ingenio con fórceps. Ragache había sido bautizado en la casa *la gastritis de Bobéche*.

—¡Chut... chut... chut!—decía Ragache avanzando por el tocador como por un escenario. —Se susurra por la capital que el llamado Ponsard está por el momento ocupado en hacer carantoñas á Titania... ¡Qué obra maestra va á salir de estas relaciones, hijas mías!... Favorezcamos el misterio... y hablemos *piano, pianissimo*... ¡Chut... chut!...

Luego, súbitamente, pusieronse circunflejas las cejas de Regache, dibujóse su boca en una O inmensa, sobre la que puso un dedo, y adoptando una postura de adoración ante la gruesa mujer despechugada:

—¡Oh, las mujercitas, las mujercitas,

y aun las gruesas!... *Moumoute, Moumoute*... un folletín de doscientas cincuenta líneas... ni una más... y uno solo..., escribirlo sobre tu blanco pupitre que palpita... Habla, ordena... ¿Qué necesitas para esto?... ¿Quieres que pisotee los principios del 89..., aquí, delante de ti... di...? Sin embargo, esto me parece bastante *tópico*... No, tú no quieres, *Moumoute*, tú rechazas mi llama... Pues bien, bebe—é hizo como si regara el suelo con sus lágrimas. —Se tiene la carne débil, pero se está lleno al mismo tiempo de aspiraciones virtuosas... El abate Pouloup fué mi maestro... y no te lo envió á decir: Catolicismo y Markowski, es mi dividisa—dijo Ragache con una entonación á la Grassot.

—Mira, pasmado de Vichy, déjanos en paz, que nos fatigas el entendimiento. ¿Has concluido tus rompe-cabezas para los burgueses de provincia?—le gritó Lileta que sentía antipatía por el hombre.

—¡Cállate, cállate, alumna del colegio de la *Generación espontánea*!

—Señora, señora... el que trae los espárragos de Aranjuez al mercado de París.

—¡Dónde diablos he podido conocer á ese individuo!—murmuró la hermana de la Faustin rebuscando en las lejanías de sus recuerdos de viaje. —Pues bien ¡viva España!

—Oh, España—dijo Ragache, poniendo

en blanco ojos de hipnótico—país de sol, de poesía, del Cid y de enamoradas que regüeldan!

Carsonac, el dueño de la casa, el popular autor del *Crimen de Puidarioux*, hizo su entrada, viniendo del interior, abrochándose el paletó sobre el frac.

Hombretón ventruado, de cabellos grises cortados al rape, de bigotes teñidos y erizados en los dos extremos de la boca, de ojos dormidos, velados por párpados plegados, de donde brotaban, cuando decía alguna maldad, centellas de acero, Carsonac era el tipo del hombre graso de grasa mala.

—¡Calle! ¿Estáis almorzando aquí? ¿Y por qué no en el comedor, di, Buena-Alma?

—Esto es más íntimo, estamos con más libertad ¿verdad, hijas más?—respondió la querida de Carsonac.

—Perfectamente, comprendo... y luego que tenéis á mano el cuarto de aseo para las indigestiones y los ataques de nervios... á consecuencia de explicaciones amistosas... ¡Oh, hija mía, tapa, tapa—continuó haciendo un gesto Carsonac, dirigiéndose á la comedora sin corsé;—con qué naturalidad representarías en el teatro las Gargamella...

Y pasando á otra amiga de su querida:

—Sarah indolente, ya sabes que el hombre que te ama está á punto de dejarse

pescar por la *Provenzala*; me felicito de ser el primero en darte la noticia.

Josefina, á la que se había acercado, sin responderle adelantó la cabeza con lentas y sinuosas inflexiones del cuello, y cuando estuvo á la altura de lo grueso de su brazo le clavó por encima del paletó, sus blancos dientes.

—¡Que me has hecho mal, idiota!

La mujer sonrió ligeramente con sus ojos profundos, y encendiendo un gran cigarro y dejándose resbalar de la silla al suelo, el peinador blanco y el chal rojo esparcidos en su derredor, quedó en una inmovilidad en la que se estremecían lascivias de pantera.

—Al hecho, mi Buena-Alma: la cosa no va bien, á lo que parece, en el Teatro Francés; se asegura que se prepara una buena.

—Me fastidias; ya sabes que no me gusta que toques á mi hermana—dijo Buena-Alma, marcando las palabras.

—¿Te vienes?—dijo Carsonac volviéndose á Ragache, á quien hasta entonces había aparentado no ver.

—¿Por un palco para tu *reprise*?

—Todo lo que puedo ofrecerte es una banqueta en una corriente de aire.

Ragache, impasible, fué á hablar con Buena-Alma, á quien sus amigas oyeron decir:

—No hagas caso, esta mañana está de mal humor, pero si eres bueno, muy bueno con la obra, yo te haré hacer con él una y ya sabes, querido, cuando él ha comenzado á hacer algo con alguien, ya no quiere trabajar con otro... ¿Quieres una copita, de cualquier cosa?

Ragache sacó con un tirabuzón un albaricoque en aguardiente de un frasco, y mientras se comía la amarilla fruta exclamó:

—*Stupendum!* como dice la antigüedad; me parece que muerdo en la túnica de la señorita Duchesnois.

—¡No comprendo!—dijo duramente Carsonac.

Ragache, siempre impasible y serio como un asno que bebe en un cubo, se retiró vuelta la espalda á la puerta y dirigiendo á Carsonac estas palabras como despedida:

—¿Has reflexionado en lo que debe ser el remordimiento de un crimen para un portero?... Piensa para una de tus obras, que por la noche, cada tirón de cordón debe despertar su conciencia.

Ragache fué reemplazado en seguida por un mozo que parecía un espectro, y con el cráneo de pilón de azúcar de un místico, que apretaba contra su pecho un sombrero grisiento y tendía á las gentes una mano de somnábulo, y con algo en toda su perso-

na de la silueta obsequiosa del hijo de Diafoirus.

Carsonac, soltando con violencia los dedos inertes que había cogido, le dijo brutalemente:

—De veras, Planchemol, deberías hacerle desaguar las manos... Tienes ahí dentro una humedad con que obsequias al prójimo.

Planchemol se alejó de Carsonac como espantado, y, buscando un refugio en las mujeres, sentóse al lado de Buena-Alma, á quien sus amigas oyeron en seguida decirle:

—¿Verdad que es tu amigo íntimo ahora? Pues bien, si obtienes de él una crítica como la deseamos, te haré hacer con él una obra, y ya sabes, querido, cuando...

—Señor, ahí está el joven que ha venido tres veces para hablar con el señor.

—Que pase.

—El señor Gregelu, anunció la criada.

Un principiante miope, dotado de la doble timidez de los míopes y de los principiantes, entró en la habitación completamente trastornado por la vista del grande hombre, y por el vago espectáculo de las actitudes de abandono de las cuatro mujeres.

—Escuche V., joven—le dijo Carsonac, sin ofrecerle una silla;—todas las ideas de las obras que se me presentan las encuen-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

tro desde luego detestables. Pasan tres meses, cuatro meses; me viene á la memoria la idea que se me ha propuesto, y, cosa extraña, la encuentro entonces excelente... Pero he olvidado completamente el individuo que me la trajo, y la cosa me parece absolutamente mía. Se lo prevengo.

El joven, aterrado, buscó la puerta.

—Por aquí, joven; por ahí iba V. al cuarto de aseo de estas señoras.

—Mira Lileta—dijo al cabo de algunos instantes Carsonac—cuando te haga el honor de confiarte sesentones serios para que te acompañen á casa de tu papá, te agradecería que te sentases en la banquetta del fiacre más bien que en las rodillas de esos viejos.

—¡Oh! Esté V. tranquilo; cuando me sienten en las rodillas de un caballero, no será en las rodillas de un suscriptor del *Manual de los hombres debilitados*, como V.

—No está mal, niña—dijo Carsonac, casi regocijado por aquella insolencia á imagen de la suya.

Luego, interrumpiendo el diálogo en voz baja de Planchemol con su querida,

—Mira, Planchemol, ¿has hecho hablar de nuevo, en una mesa de noche, á la sombra de Murger? ¿Te ha confiado las gracias de ultratumba?

—Sí, sí, hay una nueva; pero no puedo decirla delante de estas señoras,

—Buenos están en el otro mundo, si las señoras que hay aquí no pueden oír eso.

Planchemol se acercó á Carsonac y le dijo dos ó tres palabras al oído.

—¡Necio!... Si soy yo el padre de esa porquería...

—El antiguo criado del señor pide el certificado que el señor le ha prometido—dijo la criada.

—Encima de la chimenea está, dáselo.

—¿Por qué lo habéis despedido?—preguntó Planchemol, tratando de recobrar aplomo metiendo baza en la conversación.

—Un criado excelente—dijo Carsonac con su mala voz—pero salía de casa de Ricord... y, al abrir, no se le ocurría dar los buenos días á las amigas de Buena-Alma.

Pasó un relampago por el azul de la pupila de Buena-Alma, cuyos labios se movieron sin decir nada, y que, maquinalmente, vertiendo dos ó tres gotas que había en el fondo de su copa, se puso á extenderlas por el hule con un dedo donde brillaba una sortija antigua que representaba una escena priápica.

El evocador de la sombra de Murger había salido, y Carsonac, delante de la chimenea, se envolvía el cuello en un pañuelo blanco.

—¿Te pasa algo, Buena-Alma?—no pudo dejar de preguntar Carsonac ante la concentración de su querida.

—Nada... ¡Oh! Nada... Pero, es curioso... Acabo de acordarme de una tontería... ya no pensaba en ella... En fin, ¿quieres saberla?

Y la querida de Carsonac, con una voz profunda que parecía salirle de las entrañas, moduló, como una música, estas palabras:

—He tenido esta noche un sueño extraño. Estaba en un jardín... un jardín como los hay en sueños. Vi acercarse á mí una sombra blanca, que reconocí perfectamente por la de Rosa Chéri. En un instante estuvo á mi lado y me dijo: «Fuimos amigas en el mundo; ¿por qué huyes de mí? Aquí se está muy bien y pronto vendrás...» Detrás de ella vi dos ó tres sombras queridas de personas muertas ó que van á morir, y que también me hablaron... En esto me desperté, más bien sonriente que entristecida... Pensé, tanto tenía este sueño de realidad, que Dios había permitido á Rosa Chéri que me avisara para que tuviera tiempo de prepararme... Pero abrígate bien hoy, que el viento es del Nordeste... y con la fluxión de pecho que tuviste hace dos años...

Carsonac se puso serio, se calzó los guantes despacio, se los quitó, volvió á metérselos en el bolsillo, hizo un movimiento como para marcharse, volvió á la chimenea, decidióse al fin á ir á la puerta, la abrió, la volvió á cerrar, y pasando á me-

dias la cabeza, adelantando un pie, preguntó á su querida:

—¿No me viste en el jardín detrás de Rosa Chéri, eh?

La mujer, sin volverse, hizo con la nuca un *no* no muy afirmativo, y así que oyó alejarse los pasos de su amante, soltó una larga carcajada estridente, entrecortada de frases sueltas.

—Refés conmigo, queridas... ya tiene en qué pensar para ocho días... el indecente... con el miedo que tiene á la muerte... ¡Ah, ese hombre!... Jamás se sabrá qué repugnante empleo me obliga á hacer de mi cuerpo para el éxito de sus obras... Bueno es... Dicen esos caballeros que nos dan dinero... Ese dinero es nuestro; hacen todos los días la trata de blancas con nuestra juventud, nuestra belleza. Si se quiere una subvención, alzar una prohibición de la censura, un favor, una condecoración, cualquier cosa, nos lanzan á los calzones de las influencias, de los ministros, de los secretarios, de los lacayos. ¿Creéis que sin *Llama de Ponche* habría conseguido Machin la renovación de su privilegio durante diez años, y creéis que sin la *Cachalote* habría tenido Mengánez la colaboración de un excelencia?... ¡Ah! ¡Los viejos podridos del ministerio de Estado, los jóvenes escrofulosos del negociado de la prensa, los fastidiosos santones de la

crítica dramática que me han hecho sufrir!... ¿Pues no se le ha puesto en la cabeza ser oficial de la Legión de Honor?... ¡Y habrá que acostarse para eso!...

Y levantándose, y yendo de un extremo á otro del saloncito, dejaba escapar las confidencias de uno de esos espantosos odios que existen con frecuencia en esas parejas unidas por infamias: parejas que parecen presidiarios unidos por la misma cadena, prestos á devorarse mutuamente.

Poco á poco serenóse la tormenta colérica del rostro de la querida de Carsonac. Subió á sus rasgos una dulzura canallesca. Y aquella mujer, dejándose caer en un diván, muellemente recostada y con la cabeza hundida en los almohadones, se puso á decir con un delicioso guiñar de ojos:

—Pero, queridas, cada vez que me impone un amante para su empresa comercial... he aquí mi venganza... yo tomo uno por mi cuenta... uno de mi gusto... completamente de mi gusto...

—¡Oh, sí, un oficialito!—suspiró en un bostezo la gruesa *Moumoute*, sin acordarse en aquel momento de su marido y de su matrimonio.—Esos hombres son encantadores... se encuentra siempre en su casa bizcochos, chocolate, pantuflas de tapicería y una bata.

—¿Quién habla aquí de oficiales?—dijo con desprecio la hermana de la Faustin—

Eso es bueno para el tiempo en que se pone señales á los libros con hojas cogidas en los valles alpestres... No, los oficiales son sosos... ¡Eso carece de vicio!

Y el terrible profesor de escepticismo, la mujer todavía joven, de azules ojos, de cabellos rubios como los trigos, entró en detalles cínicos, feroces, abominables, echando complacientemente por su boca sapos y culebras, sobre todo lo que los enamorados no ven en el amor cuando aman verdaderamente.

—Señora, un caballero que tiene un nombre polaco... que es *croupier* en los juegos de Mónaco.

—¡Ea, esta vez, vivan Italia y Polonia!

—Y además el copista de las oraciones de la señora me ha dado para la señora este paquetito.

—Sí, son las oraciones que me gustan... las oraciones de mis libretes, y que de este modo puedo llevar á los baños—dejó escapar con cierto embarazo la querida de Carsonac, haciendo desaparecer el paquete.

—¡Calle!—dijo Lileta con su vocecilla enronquecida, señalando al techo con un gesto de pilluelo.—¿Crees todavía en la antigualla de allá arriba?

—Mira, viborilla—exclamó Buena-Alma lanzándose sobre ella como para pegarle—yo puedo ser todo lo que soy... pero esas bromas te las prohibo aquí, desdichada...

No te daré mi traje viejo de terciopelo que te había prometido.

Sonó en la antecámara un fuerte campanillazo.

—¡Buen Dios de palo, Virgen de piedra! ¿Es que no van á concluir hoy las visitas! —juró la Desharrapada enfurecida, que al fin se decidió á ir á abrir.

—Lo conozco, es el campanillazo de mi hermana, cuando está en sus grandes *trala la la* morales —murmuró Buena-Alma con un tono en el que había un dejo de aprensión.

Casi al mismo tiempo apareció la Faustin vestida con un traje negro de la mayor distinción. Miró á las tres mujeres, á las que saludó, por decirlo así, con los párpados, y dijo sencillamente á su hermana:

—Vengo á buscarte.

La entrada de la Faustin había producido un gran silencio embarazoso en la compañía, y la poco tímida Buena-Alma, como domada por el laconismo imperativo de su palabra, cogió el sombrero con gestos trastornados de pantomima.

La Faustin había apoyado el codo en la chimenea, donde alargaba distraídamente, por detrás, la suela de una botina á un hogar sin fuego.

—¡Ah! Es tu corpiño de Mad. Grodese, señora tía —dijo el niño que acababa de despertarse. —Dime que es por mí por quien

te has puesto tu justillo de azabache — y dejó colgar fuera del diván su cabecita, de ojos enamorados de verderón, muy brillantes en aquel momento.

La tía no contestó al sobrino.

—Tengo sed —dijo de pronto la Faustin.

—¿Quieres champagne? —le gritó su hermana desde el cuarto de vestir.

—No.

—¿Qué quieres beber?

La mirada de la Faustin se dirigió á las botellas destapadas, de allí inconscientemente á la ventana que daba al malecón de la Mégisserie, y se detuvo de repente en algo. Después se la vió dirigirse á la mesa, tomar de entre los vasos de todas las épocas un cubilete de Venecia de espirales lechosas, y dijo á la criada:

—¿Ves aquel hombre que hay en la calle? Ve á buscarme un vaso de coco, y llévamelo abajo... á mi carruaje.

—Aquí me tienes dispuesta.

Y la Faustin salió con su hermana.

—¿Vendrás mañana conmigo? —dijo Josefina reteniendo por la manga á Buena-Alma en el momento en que pasaba delante de ella.

—Mañana no es posible, querida; entierran al viejo administrador... Las conveniencias exigen que vaya á rezar por él.

III

En la escalera, que era la escalera del teatro, se vieron las dos mujeres obligadas á arrimarse á la pared para dejar pasar una avalancha de comparsas, con zapatos claveteados, que salían de un ensayo, y que saltaban los escalones cuatro á cuatro, poniéndose sus chaquetones.

— ¡Un momento, en seguida soy contigo! — dijo Buena-Alma entrando en la portería y poniéndose á hablar con un *groom* que estaba embetunando una bota al lado de un perrazo, que acababa de representar últimamente un papel en una obra.

— ¿Y á dónde me llevas? — preguntó Buena-Alma á su hermana, en el momento en que ésta devolvía el vaso á la Des-harrapada.

— No lo sé... di á Ravaud que se dirija al boulevard.

El carruaje comenzó á rodar.

— ¿Y es eso todo lo que tienes que decirme? — dijo al cabo de algunos instantes la querida de Carsonac.

— ¡Qué vida tan aburrida esta! ¡Siempre la misma canción! — suspiró la Faustin estirando nerviosamente los brazos. — Esta mañana me levanté... queriendo hacer cosas... no las cosas de todos los días... ¡qué sé yo!... ir á cualquier parte. ¿Pero

dónde es cualquier parte, di? Miro los escaparates de novedades... ¿no te parece hoy todo gris? Son tontos estos caprichos que no están en el programa del día, en los periódicos... ¿No tienes tú, ciertos días, estos deseos desordenados, estas ansias de algo inesperado, que no se sabe qué es, y que se querría que no llegara...?

Entonces, recostándose en el fondo del carruaje, de la boca de la Faustin se escaparon estos versos de Alfredo de Musset:

«¿Por qué no ahogabas esta llama ardiente
Que no podía contener tu seno palpitante?
.....

¿Es que no sabías, cómica imprudente,
Que esos gritos insensatos que te salían del corazón,
Aumentaban la palidez de tu enflaquecida mejilla?
.....

¿Y que es tentar á Dios amar el dolor?»

— ¿Pero por qué no anda el carruaje? — dijo la Faustin asomándose á la portezuela. Y su hermana la vió de pronto saltar al suelo, deslizarse, á pesar de los gritos de los cocheros, por en medio de la confusión de la calzada, y recoger del lodo, por entre las coces de los caballos, algo que traía en seguida y limpiaba con los encajes de su pañuelo.

— Sí — dijo volviendo á sentarse al lado de su hermana — es una herradura; esto atrae la suerte... ¡Esta es la tercera!

Luego, la gran aburrida de un momento

antes, transformada de repente en una mujer que ponía fuego en todos sus gestos, y caricias en cada una de sus palabras, se deshizo en efusiones zalameras, en alegrías enternecidas.

—Vamos, María, no te enfades por haberte hecho dejar á tus amigas... ¡Es que te necesito... hay momentos en mi vida... si no fuera por ti!

—Dilo en seguida todo, yo soy tu vicio honrado.

—Es un pasado muy viejo... ¿Te acuerdas del confitero de *A la Fuente de las Dulzuras*, calle de Montesquieu... el que había inventado, en una obra en que Arnal comía fresas á manos llenas, fresas merengadas que las imitaban tan bien?... Tú eras ya la más valerosa... y tú eras la que ibas á su casa á gastar los sueldos que habíamos ganado cantando en el patio de las Fuentes... y cuando había hambre en casa, tú eras la que seguías cantando... y nos dabas valor para cantar también... Y nuestra vida de muchachas huérfanas después... Un pasado como este, vivido juntas, querida María, no es cosa que se arroja como una camisa sucia.

—Sí, yo era la valerosa y no la dócil... y tú, sin embargo, me has gobernado siempre como un cordero... ¿por qué?... Esto consiste acaso en que tú tienes talento, y yo no lo tengo. Sí, no tengo talento, pero

sí ingenio para conducirme, este es mi lote; y esto lo he demostrado bien al renunciar al teatro la víspera de mi *debut*. ¡Qué *alambre* habría hecho, buen Dios!... Mientras que he embocado bien mi negocio de otro modo... y heme aquí, ayudada por la Providencia, con el rango, en la sociedad, de una especie de burguesa corrompida—dijo con las manos en las caderas, en la postura de Bertin en su retrato por Ingres.

El cochero se había detenido delante de la Magdalena esperando una orden.

—¿Y te acuerdas también, María, de que eras tú, siempre tú, la que encontrabas el juego, el placer que nos divertía?—añadió la Faustin.

—Es que en aquellos tiempos primordiales éramos fáciles de divertir. Después...

—¡Vamos, querida María, un poco de imaginación hoy!... Invéntanos algo que hacer... algo no ordinario.

—De las distracciones de París, por el lado inocente, yo no conozco otras, Julietta, que la vuelta al Lago, la bajada á la marmita de los Inválidos, la ascensión á la columna Vendôme, la visita á los monos del Jardín de Plantas... Pero si lo que quieres es del otro lado, habla, dispón, hazte servir... acaso en este género te ofrecerá tu hermana algo extraordinario.

—¿Es que no crees que entre los anti-

guos había más de imprevisto que esto en la vida de todos los días? —dejó escapar la Faustin con un profundo desaliento, en un desmadejamiento de cuerpo delicioso.

La hermana de la Faustin tuvo en un ojo una especie de baile de San Vito, que atestiguaba su desdén por las revistas retrospectivas; y después arrojó brutalmente en los ensueños de la trágica:

—Dime, Julieta, ¿es que no va bien la cosa en el Teatro Francés?

—No, no ha habido ensayo, por decirlo así; nos hemos reunido una sola vez en mi casa y esto ha sido todo—respondió Julieta como si se despertase.

—Estoy lejos, es verdad, de encontrarme en posesión del papel... sobre todo, como yo tengo la ambición de representarlo... ¡Oh, pero excelente, perfecto, admirable!... Ya he encontrado el fin de nuestra jornada... Ravaud, Rayaud... A Batignolles, calle de Levis, 37.

—¡A Batignolles!... ¿A quién vas á ver allí?

—Adivina.

—¿A algún echador de cartas?

—No... aunque te devanes los sesos no acertarás.

De pronto extendióse por el rostro riente de la Faustin la tenebrosa absorción del trabajo del pensamiento; sus ojos, medio cerrados, llenáronse de sombra; en su frente,

semejante á la joven y blanda frente de un niño que estudia la lección, parecían hincharse las protuberancias de encima de las cejas bajo el esfuerzo de la atención; á lo largo de las sienes y de las mejillas señalóse la imperceptible palidez que produciría el frío de un aliento; y las palabras se mezclaban á la vaga sonrisa de sus labios entreabiertos.

La Faustin dejó dos ó tres veces sin respuesta las interrogaciones de su hermana.

—¡Eh, Julieta, ya estamos delante del 37!

Apeáronse las dos mujeres.

—Esto será acaso largo, Ravaud—dijo la Faustin á su cochero.

—¡Calle! ¡No hay porteras por estos barrios!...—dijo la hermana.

—¡Oh!... Me han explicado muy bien dónde vive mi hombre.

Las dos mujeres comenzaron una ascensión, al fin de la cual desembocaron en un gran descanso; la Faustin contó las puertas de la pared de la izquierda y se detuvo en la séptima.

Llamó.

Pesados pasos acercáronse á la puerta, que se abrió tres ó cuatro centímetros, y en la escasa abertura apareció una nariz corvina, parecida al lomo de una podadera, coronada de largos cabellos blancos, sobre

los cuales estaba colocado un gorrito bordado de lentejuelas doradas.

—Las señoras se equivocan, sin duda—dijo el viejo, volviendo perezosamente la cabeza y dirigiendo *psit* extraños al interior del cuarto.

—No; V. es el señor Athanassiadis, ¿verdad?, y he aquí dos palabras de un amigo común que me dirige á V.—y le alargó la tarjeta de un ilustre académico.

—¡Oh! Entonces entren Vds., señoras—dijo el viejo después de haber dado una ojeada á la tarjeta—pero anden con cuidado á causa de mis amiguitos.

Las dos mujeres entraron en una alta habitación, un antiguo taller de pobre fotógrafo, donde había todo un mundo volador de los más raros y más lindos pájaros en plena libertad.

—¡Calle! Está muy bien esto con tantos animalitos—exclamó la hermana; y casi en seguida añadió, pasando una mano por su falda—pero es lástima que se ensucien sobre una.

El cuarto-taller, mantenido, á despecho de los pájaros, con la limpieza de un cuarto de solterona, no tenía por toda decoración más que tres bajorelieves en yeso del Partenón, ocupando el sitio del espejo de una chimenea, donde entraba el tubo de una estufa que echaba un resplandor sobre el suelo encerado. Una larga tabla, colocada

á cierta altura y cargada de libros de encuadernaciones italianas en vitela blanca, corría á lo largo de los muros. En un ángulo, un armario entreabierto dejaba entrever frascos donde nadaban en aceite conservas de varias clases y una ensaladera llena de huevos. No había más que un sillón de paja en la habitación; pero en un ángulo que hacía veces de alcoba, sobre un tablado, estaba un colchoncillo cubierto con un tapiz turco, en el que, por la noche, debía dormir el viejo, vestido. Y la habitación olía á pájaros y á pastillas del serrallo.

—¿En qué puedo servirles, señoras?—preguntó el dueño de la casa, haciendo sentar á las dos mujeres en la cama.

—Va V. á saberlo—dijo la Faustín.—El señor Sainte-Beuve me ha dicho que existe otra *Fedra* que la de Racine... y me ha dicho al mismo tiempo que V. era el hombre que mejor podía hacérmela comprender... V., un griego... y que tan bien conoce la lengua de la antigua Grecia... Yo no sé bien lo que quiero... Sin embargo, siento curiosidad de oírle leer esa *Fedra* en el original... Esto acaso despertará en mí ideas... En suma... querría salir de esta casa como una bárbara de otro tiempo... que hubiera pasado dos horas en la Grecia de Pericles... y con un poco del ruido de la lengua en mi oído.

El viejo arrastró el sillón hasta la tabla

30255

de los libros, se ajustó alrededor de su larga y delgada figura los pliegues de una bata de bayeta, bajo la cual se adivinaba la superposición de chalecos de punto y de gruesas medias de lana, subió al sillón, y señalando el volumen del centro de la fila, pronunció, con el tono de veneración de un custodio del tesoro de una abadía que señalara su gran reliquia, estas palabras: «¡Señoras, el divino Homero!» Después, cogiendo otro volumen, lo bajó, limpióle piadosamente el polvo con el codo, y colocándolo en una mesita que acercó, lo abrió cuidadosamente por una página cuyas grandes márgenes alisó con la palma de sus viejas manos.

Después de haberse colocado unas enormes antiparras y de inclinarse un momento sobre el libro, Athanassiadis alzó su cabeza extasiada y dijo, con la mirada en el techo:

«Hipólito.

»La escena pasa en Trecena, delante del palacio, en cuya entrada se ven dos estatuas, la una de Diana, la otra de Venus.»

Y en seguida leyó los dos primeros versos de la tragedia griega:

Πολλὸ μὲν ἐν βροτοῖσι χεῖρ ἀνώνυμος
οἷα χιχλωμαὶ Κίπρις εὐρανοῦ τ' ἰσῶ (1),

(1) Me llamo Venus, la diosa de fama esparcida entre los mortales y en el cielo.

—Perdón, señor Athanassiadis—interrumpió la Faustin;—si V. tomara su libro... tengo abajo mi carruaje, se vendría V. con nosotras... comería con mi hermana y conmigo... y cerraría mi puerta... De este modo tendríamos toda una buena velada á nuestra disposición.

—¡Oh, señora!—respondió el viejo—si pudiera... sabiendo que le era agradable, lo haría con gran placer... Pero desde Noviembre hasta fines de Mayo estoy prisionero en este cuarto... y ya comprenderá algo mi complacencia en tener en derredor mío á estos pájaros... Todo este largo tiempo me está prohibido salir... el aire de vuestro invierno me mataría.

La Faustin notó entonces que todas las junturas de los cristales estaban tapadas con papel.

El viejo se sumergió en la lectura, interrumpiendo acá y allá el griego antiguo del libro con frases francesas como ésta: «Vuestro Racine, señora, no ha tenido en cuenta esto... Vuestro Racine, señora, no ha traducido esto... Vuestro Racine, señora, ha traducido esto mal.»

—¿Te aburres, María?—dijo en voz baja la Faustín á su hermana.

—No; de cuando en cuando no me disgustan los rompecabezas chinos... Además, encuentro gracioso á tu Athanassiadis.

Oscurecía. El viejo había encendido una

lámpara y continuaba su lectura, pero á cada cambio de personaje en el diálogo miraba á su reloj de cuco, colocado encima de la cabeza de las dos mujeres.

—¿Acaso le molestamos, señor Athanassiadis?—dijo la Faustin, después de haber notado la maniobra del buen hombre.

—No, no, señoras... pero tengo las costumbres de mi país... cómo más temprano que la gente elegante de París...

—¡Ah! Esta es la hora en que le traen á V. la comida... perfectamente — dijo la Faustin con esa adorada tiranía de la mujer que quiere satisfacer hasta el fin uno de sus caprichos.—Señor Athanassiadis, hay que comer... comer como si no estuviéramos aquí nosotras... continuaremos después.

—Es... es que... no me traen la comida... la hago yo mismo... ¡Oh, mi cocina no es muy complicada!... Soy de la escuela del veneciano Cornaro... huevos, pescado seco, aceitunas negras... Desde ahí donde están Vds. pueden ver la despensa de mi invernada.

La Faustin se levantó y se acercó al armario; allí, con la curiosidad de una niña, comenzó á sacar, uno después de otro, todos los frascos y á examinarlos.

—¡Oh! Estos pescadillos tan secos parecen cerillas.

—Sí; son *tziros*... esto se come bebiendo *raki*.

—¿Y nunca come V. carne? Es particular esto, señor Athanassiadis... ¡Ah, anchoas!... Bueno es saberlo. ¿Y todos los días se come V. dos huevos fritos?... Esto debe ser muy aburrido á la larga.

Al mismo tiempo que hablaba, buscando, mirando, la Faustin se recogía la cola, se remangaba la falda, cogiéndola con alfileres como si fuera á fregar, y cuando hubo hecho esto, dijo con el tono alegre de mando de una mujer en una partida de campo:

—Pues hoy somos nosotras las que vamos á hacerle la comida... Seguramente no sabe V. lo que es una tortilla de anchoas... esa tortilla para cuya confección no tengo rival... Pues bien; va V. á probar una hecha por mi blanca mano... ¡Eh, María, dame aquella sartén... y V., señor Athanassiadis, encienda la lumbre.

—¡Oh señoras, señoras!... Vds. me confunden — decía Athanassiadis, trastornado.

—¡Déjate hacer, mi viejo palcáro! Mi hermana y yo no hemos nacido con un cocinero en nuestra cuna real—dijo la querida de Carsonac, llevada de su natural familiaridad con las gentes.

—Tanto peor; rompo tres huevos... Señor Athanassiadis, mire V. cómo parto las anchoas... en pedazos ni muy grandes ni muy pequeños... y voy á confiarle mi se-

creto... Es asarlas un poco... Comino, ¿verdad?... Una pizca de comino.

—¡Oh señoras, señoras!...—seguía gimiendo Athanassiadis.

—Largo de aquí, mi viejo palfcaro; nos estorbas en nuestras operaciones—dijo la hermana.

—Señor Athanassiadis... atención... Va V. á ver cómo la vuelvo... Una, dos, tres... ¡Ya está! Y tiene un hermoso color por debajo y está blanda por encima... Ahora, María, vamos á poner la mesa del señor.

Y entre el revoloteo y el piar de los pájaros, despiertos aquella noche por el ruido, el movimiento, el ir y venir de la fiesta, las dos hermanas, con gentilezas de criadas de teatro, se pusieron á servir al viejo, que se negaba muy débilmente y se abandonaba al encanto de aquella juvenil y acariciadora alegría de mujeres, que hacían, por una hora, compañía á su vejez.

—¿Que tal, señor Athanassiadis, ha salido bien?... ¿Está V. contento de su cocinera?—decía la Faustín, animados los rasgos por una alegría de niño.—Y ahora el segundo plato... las aceitunas... ¡Oh, son muy buenas!—dijo mientras que se comía dos ó tres.—Pruébalas, María.

—Gracias, soy más carnívora que eso.

—El señor ha concluido... A quitar la mesa.

Y la Faustín, en un minuto, limpió la

mesilla de todo lo que había en ella, con graciosa viveza.

—Vamos—suspiró el viejo Athanassiadis, volviendo á coger su Eurípides, con uno de esos desmayos sonrientes que produce la dicha en la vejez.—Voy á tratar de dar á Vds. todo lo que sé de mi viejo griego, señoras.

—¿Y tu cochero, Julieta?

—Lo había olvidado completamente... Hazme el favor de bajar... que vaya á comer á la taberna más próxima, y que vuelva.

Cuando subió la hermana, encontró á la Faustín apoyados los codos en sus rodillas separadas, oculta su bella y nerviosa cabeza de trágica entre las palmas de las manos, y bebiendo, por decirlo así, las sonrietas que se escapaban de la boca del viejo griego. Algunas veces, levantándose, haciendo señal al mismo tiempo á Athanassiadis de que continuase, andaba, marcaba con un gesto el verso que una palabra de traducción francesa le había hecho comprender, y luego volvía á sentarse.

Y Athanassiadis, llegado á la acusación póstuma de Fedra contra su hijo, se ponía á explicar á las dos mujeres, con una inteligencia que sorprendió á la Faustín, aquella figura de fatalidad, mucho más grande, mucho más humana, mucho más *natural*, en su reseatimiento amoroso, que la mu-

jer convencional y teatralmente *simpática*, pintada por el poeta de la corte de Luis XIV; y el comentarista daba á la trágica moderna la tentación de acentos nuevos que introducir en el papel rejuvenecido, renovado, comprendido históricamente.

Estaba concluida la lectura de la tragedia. Eran las ocho.

Levantóse la Faustin, después de haber envuelto discretamente algunas monedas de oro en un pedazo de papel, y con el aire y el tono de una gran señora, dijo:

—Señor profesor de griego, bastantes horas le hemos ocupado... Le ruego que acepte esta débil remuneración del tiempo que ha perdido.

—No, señora—respondió el viejo—en primer lugar, me ha hecho V. la comida... además la conozco... la he visto representar á menudo... en verano... en los meses en que me es permitido salir..., y los griegos, los modernos como los antiguos, le deben á V. cierto reconocimiento por prestar su talento á la resurrección de las grandes figuras de su historia... no, querida señora.

Y el viejo pronunció estas palabras con su voz suave, en la que temblaba algo de emoción y en la que la sustitución de alguna letra por otra ponía cierta dulzura infantil.

—Pues bien; pienso lo mismo que V.,

señor Athanassiadis... creo que el placer de estas horas no debe ser pagado con dinero... Querría recordarme á V. de otro modo... querría saber que deseaba una cosa que sólo pudiera dársela yo.

—Desde el momento en que quiere V. ser tan amable con este pobre viejo... le confesaré que hay un producto de mi país que yo no puedo procurarme... y que sería muy feliz si pudiera probarlo siquiera una vez antes de morir... es la miel del Himeto... Acaso V., señora, por las embajadas...

—¡Ya lo creo! El ministro plenipotenciario de Francia en Grecia es amigo mío... En la primera balija de la embajada, vendrá una jarra de miel del Himeto... lo mejor que hagan las abejas de su país... Y una vez más, señor Athanassiadis, adiós y gracias.

—¡Es verdaderamente conmovedor el pobre buen hombre!—dijo la Faustin al sentarse al lado de su hermana en el carruaje. Y añadió:—En el fondo, una sesión que no será perdida... Me parece que hay velos que se desgarran en la noche de mi papel.

Al cabo de algunos instantes, la Faustin, oculta por la sombra la expresión de su rostro, continuó, dejando caer sus frases una á una:

—Pero ese papel... ese papel que las más grandes apasionadas de los tiempos pasados... no han abordado sin temblar!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"MATEO REYES"
CALLE MONTERREY, MEXICO

ese papel, para representarlo... habría que no estar en la frialdad de alma en que estoy... sería necesario amar locamente, frenéticamente... con el corazón, con la cabeza, con los sentidos.

— ¡Julieta, te ofrezco un sujeto... sí, un amante!

La Faustin, sin oír, continuó:

— ¿Comprendes? Haberlo abandonado, amándome como me amaba... porque me amaba como un loco... haberlo abandonado con la promesa de que antes de dos meses abandonaría carrera, familia, patria, para vivir eternamente á mi lado... Y nada absolutamente... ninguna noticia suya... desde el día en que nos dijimos: Hasta la vista... Ninguna contestación á mis cartas, desde hace años.

— ¿Le sigues escribiendo?

— Sí, sí... los días en que estoy desesperadamente triste.

— ¡Con seguridad está agujereado el fondo del buzón de tus melancolías!

La Faustin, sin responder ya á su hermana y silenciosa, era llevada á través de las oscuras calles, batido su doloroso rostro por el negro encaje de su sombrero.

— ¿Subes á cenar conmigo? — dijo la querida de Carsonac en el momento en que el carruaje se detenía á la puerta de su casa.

— No.

— Entonces me voy yo á cenar contigo.

— No... deja á Julieta esta noche sola, completamente entregada á sí misma.

IV

Crear un papel, es decir, dar la vida exterior del alma, dar la vida de la fisonomía y de los gestos, dar la vida de la voz á un personaje impreso, á un cadáver del papel, ¡ruda tarea!

Es, en primer lugar, una primera sería lectura, lectura que tenía un aspecto curioso en la Faustin: la apariencia de una operación completamente mecánica, y en la que parecía no llegar á su cerebro el sentido de lo que leía.

Después comienza el verdadero estudio, seguido casi inmediatamente de desaliento, de un sentimiento de desconfianza común á todos los grandes talentos, y que les hace decirse: « ¡No; jamás podré representar este papel, jamás! »

Escuchad, acerca de este primer momento de desconfianza, la confidencia hecha á un amigo mío por una de nuestras más animosas actrices:

« Crear un papel me parece levantar un mundo. Tengo exageraciones de espanto tan importunas, que espero y aguardo, en semejante caso, un temblor de tierra, un cataclismo que me libre de mi angustia,